

Conferencia

Tolerancia: imagen y realidad

Piotr K.Grechko

Doctor en Filosofía, Profesor,
Jefe de Cátedra de Filosofía social de la URAP, Moscú.

Seminario Científico Internacional

Universidad Rusa de la Amistad de los Pueblos

Centro de Estudios Humanistas de Moscú

octubre 2006

La imagen de tolerancia en nuestra literatura y en la cultura en general es muy suave, y sentimental hasta el empalago; totalmente en el espíritu del famoso gato Leopoldo: "¡Vivamos como amigos!". Al mismo tiempo, terminológicamente, la "tolerancia" es muy agresiva, fácilmente se traslada a otros territorios conceptuales, permitiendo comparaciones e identificaciones desmesuradas; dudosos injertos de sentido; generalizaciones y sustituciones sin fundamento. ¡Qué no se designa bajo el término "tolerancia"! La aceptación de cualquier desvío de lo debido en el pensamiento o el comportamiento; la cortesía mundana; la observación de las reglas de urbanidad de turno; la sonrisa de plástico "por obligación"; el fundamento del código de honor de la cultura corporativa; la energética de la alegría por la comunicación con el par; el medio de contención de la agresividad interna, creciente a medida que se instaura la sociedad global; la actitud sumisa o resignada hacia alguien o algo; la capacidad de perdonar; la condescendencia, la complacencia, la benevolencia, la "apertura mental", la caridad, el compromiso, el proteccionismo...

Un hecho interesante: en mayo de 2004 fue realizada por el Instituto de Tolerancia de la Biblioteca estatal rusa de Literatura extranjera y el Instituto Goethe de Moscú una presentación de libros infantiles sobre tolerancia bajo el eslogan "¡Hola, mi querido enemigo!" Sin querer surge el pensamiento: ¿para qué entonces se necesita esta "tolerancia"? ¿Acaso sólo para la "cobertura" nominal de otros y de las más diferentes ideas y términos?

En realidad, tolerancia es una formación comunicativa muy compleja y tensa, que contradice la lógica elemental (formal); en particular la ley del tercero excluido que expresa: de dos enunciados contradictorios en el mismo momento, y en uno y el mismo sentido, sólo uno es verdadero. La tolerancia exige la aceptación de

dos y más verdades simultáneas. Por otra parte, la tolerancia no encaja adecuadamente con una política construida en una real correlación de fuerzas; mientras que se vincula mejor con los principios y orientaciones difusos. No es tan simple (orgánico, no contradictorio) inscribir a la tolerancia en la moral. Si, como se afirma, la tolerancia exige respeto a la elección moral del otro, ¿qué hacer entonces con una posición del otro claramente diferente? ¿Puedo yo respetarme a mí mismo si traiciono la propia elección moral, si abandono la defensa de las creencias que comparto? Recordemos en este sentido que el auto respeto se vincula con las exigencias básicas del ser humano. Cada individuo está en derecho de ver y respetar en sí mismo al ser humano. No sólo en el otro, lo cual es comprensible, sino en sí mismo; esto es importante destacarlo. La traición a sí mismo es la peor de las traiciones. Es prácticamente imposible vincular a la tolerancia con el mecanismo de mercado de la competencia, decisivo para el proceso social contemporáneo. El mercado y la competencia estimulan a los fuertes, flexibles y exitosos, mientras que la tolerancia se construye sobre el respeto a los más débiles, menos flexibles y exitosos.

Tiene la tolerancia también dificultades de orden idiomático. Paradójicamente, pero es un hecho: esta palabra no es traducible a la lengua rusa. Ni el generoso latín, ni nuestra "grande y poderosa" lengua rusa pueden hacer nada en este caso. Evidentemente, en nuestra vida, en la cultura rusa, no hay realidades o referencias correspondientes. ¿A veces lo traducimos como "terpimost?", pero en la práctica esto es algo diferente, no exactamente tolerancia. "Terpimost" implica soportar, permitir forzosamente, resignarse con la existencia de alguien o algo. Se soporta aquello que causa disgusto, produce sufrimiento, provoca repulsión. La tolerancia, en cambio, en los diccionarios generales, significa reconocimiento y respeto a las otras miradas, creencias, tradiciones, estilos y prácticas de vida (aunque sea sin acuerdo interno con ellos, pero esto es ya otra cuestión).

De cualquier modo, la tolerancia es completamente fundada, cumple exitosamente las funciones correspondientes (precisamente las correspondientes). En general estas funciones se cumplen en lo material o en el campo de las diferencias. Las simples diferencias, es necesario decir, se concilian perfectamente con cualidades humanas tales como la generosidad, la cortesía, el tacto, la gentileza. Para una persona educada no hay ningún problema con esto, le alegran sinceramente la diversidad de matices y sonidos de la vida. Es decir, la tolerancia no se da al nivel de las diferencias más simples, nadie las necesita allí más que un grosero. Tampoco la ciencia reconoce a la tolerancia como parte de su discurso demostrativo. Una verdad naturalmente científica: hay tolerancia o no la hay, no hay una tercera posibilidad. Tampoco exigen referencia a la tolerancia las normas del derecho: a quien las transgrede se le aplica, no la tolerancia, sino sanciones severas y unívocas. No, no debe haber tolerancia en las relaciones íntimas de amistad y amor. Un "esposo tolerante" o una "esposa tolerante" son expresiones que claramente no despiertan buenas asociaciones.

La tolerancia se manifiesta al nivel de las diferencias significativas. No aquellas, naturalmente, que son impuestas por la naturaleza (color de la piel, formas de los ojos, etc.) y otras condiciones objetivas, sino aquellas en las cuales el hombre puede influir, las que él puede modificar y elegir (creencias, pensamientos, acciones). En vigor de su significancia ellas siempre desafían a los partícipes de la

comunicación; en vigor de su importancia o valor social, ellas infaliblemente exigen alguna reacción (no es posible darles la espalda, es imposible no responder).

La consecuente profundización de las diferencias y el crecimiento de la tensión vinculada con esto definen el nivel de oposición (en el desarrollo de las diferencias) y hacen necesaria la "terpimost", la capacidad de soportar. Como principio y forma de comunicación la "terpimost" demuestra determinada coexistencia civilizada de las partes, un modo efectivo de superación de desacuerdos suficientemente profundos (radicales, estables) en las relaciones entre las personas. Convirtiendo la existencia común en existencia compatible, posibilita el surgimiento y desarrollo de una cultura de vida muy sana, en gran parte instrumental.

El nivel inferior en la profundización de las diferencias puede ser señalado como antagonismo. Su correlato comunicativo, análogo a la tolerancia, es la confrontatividad. Mientras la tolerancia favorece el florecimiento de la comunicación humana y la "terpimost" garantiza su profilaxis, la confrontación hace urgente su curación. Una curación severa y decidida, ya que esta enfermedad, si no se la detiene a tiempo, amenaza con llevar la situación a un callejón sin salida y destruir el proceso mismo de comunicación. Las voces de los amantes de la soberanía y la autonomía, como así también de los derechos humanos entendidos abstractamente, no deberían turbarnos. Lamentablemente, la elección aquí se reduce al mínimo: funciona la lógica del "o - o".

Traduciendo los niveles estructurales de diferencias al lenguaje de los criterios psicológicos, obtenemos el siguiente cuadro: la tolerancia es adecuada allí donde no aprobamos algo (moralmente, al fin de cuentas), la "terpimost" allí donde con este "algo" todavía podemos conciliar; y la confrontación, en cambio, es adecuada allí donde este algo se convierte en insoportable. Insoportable, conciliable, reprobable: en esta secuencia mejora la calidad de la comunicación humana, si se la valora desde el punto de vista de la tolerancia como fenómeno teleológico.

Las dificultades con el establecimiento de los límites y la definición de los criterios de tolerancia están vinculadas con la imposibilidad de una completa fundamentación racional de este fenómeno. Se hace necesario apelar a las normas religiosas, morales o ideológicas, a la opinión pública, al bien común, etc. Todo esto, al mismo tiempo, es necesario interpretarlo en la especificidad (lugar y tiempo) de cada caso concreto.

En definitiva, la línea es trazada por la elección, la libre elección del sujeto (o los sujetos) de la comunicación. Por esto los límites de la tolerancia y las diferencias permitidas por ella coinciden con los límites de la libertad. Y aquí se puede acordar completamente con el principio milliano del mal: "la única justificación de la intromisión en la libertad de acción de cualquier ser humano es la autodefensa, la prevención del daño que puede ser causado a otro". Precizando aún más este principio, nos vemos necesitados a recurrir a los derechos inalienables de la persona, a las bases de la paz y la solidaridad en la sociedad. No se puede ser tolerante hacia quien, haciendo referencia al pluralismo y la tolerancia misma, con sus juicios, valoraciones y acciones niega a otra persona su derecho a la vida, socava las bases del orden social, atiza la enemistad racial, religiosa y nacional entre los pueblos.

En la clase de las diferencias intolerantes, categorizadas como insoportables, pueden incluirse también aquellas expresiones y comportamientos que socavan los principios fundamentales de la comunicación humana: los valores humanos universales, la naturaleza humana, el llamamiento "axial" a la comunicación ilimitada (del tiempo axial según K.Jaspers). Estos principios son ideales y por ello mismo les es ajeno lo concreto, no son recetables. Sin embargo, todos ellos "trabajan" en el nivel de ciertas imágenes e intuiciones comunes. Su potencial de identificación es más que suficiente para la lucha con las diferencias dirigidas contra el humanitarismo. Cuanto mayor es la diversidad social, cuanto más radical es el pluralismo, cuanto más rápidamente lo homogéneo se transforma en heterogéneo (según G.Spencer, esto es un criterio de progreso social), tanto más agudamente se manifiesta la necesidad de defender las unidades señaladas y la tolerancia correspondiente a ellas.

La tolerancia es una cultura democrática. Y para quienes atentan contra las bases democráticas de la vida, esta cultura no puede ser tolerante. La democracia es rica en compromisos, pero ella misma no es objeto de compromiso. Sus valores e ideales básicos componen aquello que es habitual denominar religión civil, sacralidad mundana. Y el estado democrático laico está en todo su derecho a defenderlos con todos los medios y medidas legales posibles.

Claro, se puede poner en cuestión la democracia misma, especialmente la democracia de tipo liberal; ya que, originariamente, es un sistema de valores de una parte determinada de la humanidad, la occidental. ¿Es posible en tal caso orientar a toda la humanidad hacia ella? Aquí son oportunas las siguientes palabras de G.Mill: "la libertad no es aplicable como principio ante un orden de cosas en el que la gente no es capaz aún de autodesarrollarse por medio de la libertad; en este caso, lo mejor que ellos pueden hacer para lograr progreso es, sin duda, acatar sin reservas a algún Aquar o Carlos el Grande, si tienen la fortuna de que entre ellos se encuentre una personalidad semejante".

El sistema de valores democrático fue creado, obviamente, por personas y por lo tanto puede discutirse, como todo lo humano. Tras el mismo está una determinada aspiración histórica: hacia la libertad y la creatividad, hacia la afirmación de la dinámica y el desarrollo en calidad de objetivos en sí mismos.

Los mecanismos y resultados de la lucha competitiva con otras alternativas confirman la superioridad de esta aspiración histórica. Al día de hoy la democracia es la cultura de vida más dinámica, históricamente más productiva, más profundamente personal. Aunque no faltan las insuficiencias, los costos y las contradicciones, lo cual también es comprensible. Cómo no recordar aquí a W. Churchill: "La democracia es la peor forma de gobierno, excluyendo a todas las demás que se probaron de tiempo en tiempo".

El proceso de demarcación objetual de la tolerancia adquiere un impulso adicional con la reflexión plena del aspecto subjetivo del problema. En realidad, ¿quién interviene como iniciador y portador de la tolerancia? En general la diversidad de sujetos de la vida moderna necesita una especificación muy minuciosa. La definición, tanto cuanto es posible en principio, se logra por el camino de la diferenciación y no de la identificación, del acercamiento. Puestos en este camino, adquirimos no sólo "Otros" agradables en todos los sentidos, sino

también "Ajenos" cerrados en sí mismos, indiferentemente contemplativos o expresivamente fingidos; como así también "Enemigos" repletos de bilis, agresión y odio. La identificación diferenciadora de los tipos de sujetos, vale la pena recalcarlo especialmente, no tiene nada en común con la caza de brujas, la manía de espionaje, la xenofobia y demás manifestaciones de sospecha. Pero tampoco permite esconder la cabeza en la tierra, desviar la mirada de lo desagradable, eludir las reacciones y valoraciones directas, regocijarse con la ilusión de que con el tiempo todo se resuelve. Los malvados generosos viven sólo en el mundo de los cuentos infantiles y los tablados teatrales. En la vida es muy diferente, no tan hermoso e inocente como se quisiera. Si se le declara la guerra a determinados valores, es necesario mirar a la verdad en los ojos y reconocer que existen solamente dos salidas: o bien renunciar a estos valores, o bien, reuniendo coraje, lanzarse a la lucha por ellos. No hay otra posibilidad. Hay que tomar una decisión y no perder tiempo, sabiendo cuán rápido corre hoy día.

Sólo pueden participar en relaciones verdaderamente tolerantes los Otros, es decir, los individuos eficazmente desplegados en la esencia de género del ser humano, sus derechos y libertades fundamentales. Frecuentemente se escucha decir que sería correcto ver en cada individuo al Otro. Sin embargo, esta corrección es formal. Sólo se puede ver (tomar conciencia, discernir) aquello que es, existe; la materialidad con su elasticidad ontológica no se crea por la visión en sí misma. El recurso inversor del deseo (pero si se lo quiere mucho...) no puede ser ignorado, pero del mismo modo no se puede ignorar tampoco el hecho de que desde lo deseado a lo realizado hay una distancia enorme. Profesionalmente se denomina a esta distancia con el término "posibilidad abstracta". La posibilidad abstracta, dicho sea de paso, no pone fin a la perspectiva del cambio (de la situación para mejor), pero es necesario trabajar en ella mucho y obstinadamente. En todo caso, trabajar mucho y obstinadamente le es necesario también al Otro, para mantenerse en el nivel de las exigencias modernas, hacerse cargo de su estatus y predestinación. No hay ninguna garantía "automática" en tal nivel o status y no puede haberla. Una de las tareas de la tolerancia justamente consiste en no permitir, a causa de sus fallas internas y/u otras circunstancias, la transformación recurrente del Otro en Ajeno, y menos aún, en Enemigo. Pero lamentablemente esto sucede, y frecuentemente.

La "terpimost" se aplica a los Ajenos (entre los ajenos y en relación a los ajenos). Su potencial positivo es enorme: exclusión de la violencia, rechazo de la discriminación, eliminación de la sospecha y la xenofobia, prohibición de la propaganda de la exclusión, la superioridad o, por el contrario, la inferioridad, el atraso; menor coeficiente intelectual por diferencias raciales, religiosas o de pertenencia social. La "terpimost" despeja el camino para los acuerdos políticos o de otro tipo, sin los cuales es impensable la democracia como forma de convivencia humana. Y así y todo, Ajeno implica una diferencia que contiene en sí (completamente en el espíritu de J.Derrida) la prórroga, la tardanza, la dilación para después. En otras palabras, los Ajenos no están dispuestos a "ir más allá", al encuentro del Ser humano, de la dimensión humana de la existencia. Más aún, en la perspectiva de la existencia solidaria, la "existencia con el otro" les despierta una alergia evidente.

En cuanto a la confrontación: es el arma comunicativa del Enemigo (entre los enemigos y en relación con los enemigos). El objetivo perseguido por el Enemigo

es la destrucción de la comunicación humana misma, de los fundamentos de la vida civilizada, la degradación de la existencia humana al nivel de la lucha por la subsistencia, al nivel de las emociones y sentimientos de la "bestia que tiembla". Al afirmar esto, desde luego, tengo en cuenta la sociedad contemporánea. Ya que, en el pasado, cuando se llevaban a cabo guerras de treinta o más años, cuando el mundo se levantaba sólo provisoriamente, a prepararse para la siguiente guerra de turno - que a su vez alimentaba los valores heroicos de la sociedad - el Enemigo era algo inevitable y, en este sentido, natural, habitual. Frente a él temblaban, pero al mismo tiempo lo respetaban. "Si mañana la guerra, si mañana en campaña, ¡estad hoy para la marcha preparados!" - en esta canción se trasmite con mucha precisión el espíritu de los tiempos del Enemigo. Y además, respecto de los valores heroicos: "Cuanto más enemigos, más honor" (consigna alemana de los tiempos de la Primera Guerra Mundial).

La confrontación es una calle con tránsito en dos sentidos: las acciones de parte del Enemigo generan reacciones en relación al Enemigo. Utilizando la expresión "en relación" en lugar de "de parte" quiero subrayar que aquí no hay simetría. La confrontación al Enemigo no hace de nosotros un Enemigo.

¿Y qué hacer con la verdad de que la violencia sólo puede engendrar violencia? En general, evidentemente, es así. Pero la generalización, en esta cuestión, es bastante pérfida. En ella está ausente la diferenciación interna (ontología de la diferencia), en la cual yace la esencia del asunto. La violencia en relación al Enemigo es justa y legítima no sólo desde un punto de vista jurídico sino también moral. Al igual que un ladrón, el Enemigo "debe ir a la cárcel". O eliminarse en el campo de batalla, si el proceso ha ido demasiado lejos. Otra cosa es la hostilidad (animadversión, odio). Es necesario trabajar permanente por su reducción en la sociedad (donde se encuentran sus raíces sociales y psicológicas). Entonces habrá también menos enemigos.

Otros, implica tolerancia. Ajenos, "terpimost", capacidad de soportar. Enemigos, confrontación. La confusión entre estas correlaciones no sólo es inadmisibles teóricamente, sino perjudicial en la práctica. Hacerse a un lado de la confrontación y la lucha con el Enemigo es un suicidio. El Enemigo frecuentemente parasita en la ausencia de rudeza y carácter de los humanitarios, defensores abstractos de los derechos humanos. El bien, si quiere ser efectivo, debe contar con músculos fuertes. Y la democracia debe saber defenderse. El Otro vive en sociedad; el Ajeno, en tribu (clan, "gran familia") y el Enemigo, aparentemente, nunca salió de las catacumbas de la historia. Los valores vitales del Enemigo tienen la forma de orientaciones absolutas (absolutistas), convicciones rígidamente fanáticas, enfrentadas a todos los Otros. Los valores vitales del Ajeno son relativamente intocables, absolutistas. Las creencias en este caso son rígidas, pero no ciegas, acude en ayuda la lógica de la convivencia tolerante conocida como *modus vivendi*. Los valores vitales del Otro tienen carácter abierto y no pretenden una completa y definitiva expresión de las aspiraciones vitales y de sentido de la persona. Las creencias del Otro están "flexibilizadas" por la duda (preocupación por la correspondencia con las circunstancias objetivas) y la comparación (con otros valores). A diferencia de los valores del Enemigo y el Ajeno, ligadas a la confrontación y la sospecha, los valores del Otro llevan en sí sinergia y armonía, unión y no desunión de intenciones, pensamientos y acciones de la gente.

El movimiento desde los valores del Enemigo hacia los valores del Ajeno y el Otro es un camino de distanciamiento progresivo del Absoluto, en cuyo altar la humanidad ha sacrificado tantas víctimas. Es una lucha contra la posición privilegiada en el conocimiento; contra la instancia suprema, que se supone posee la verdad plena y definitiva; contra los líderes carismáticos, que se auto adjudican el derecho a tomar decisiones definitivas e inapelables; contra la ideología o fe única y verdadera. En definitiva, el no acuerdo en general conquie alguien pueda poseer la verdad absoluta y disponer en su nombre de nuestro destino. Los valores absolutos no son comunicativos. Ellos son capaces solamente de rechazarse y no de interactuar entre sí. Su plenitud y autosuficiencia ponen fin a toda posibilidad de acercamiento cultural y diálogo. Las expresiones "anti caricaturistas" y "anti papales" de hace poco tiempo atrás hablan de esto con total claridad. Los valores tolerantes y pluralistas del Otro son un indicador confiable de actualidad sociohistórica (no confundir con la astronómica o de calendario) de nuestros días. Ellos constituyen el núcleo del desafío axiológico, cuyo sentido está en la capacidad del ser humano de: o bien corresponder los valores superiores, propiamente humanos, de paz y no violencia; o bien, no pudiendo soportar la tensión, y dejando paso al antiguo, ahora pertrechado tecnológicamente, instinto de poder y fuerza, caer hasta el nivel de la guerra de todos contra todos, despojados de toda esperanza de supervivencia no sólo de un determinado conjunto de personas, sino de la humanidad en su conjunto.

Con los ricos frutos de la tolerancia y sus diferencias permisibles se puede contar sólo ante la observación o cumplimiento de algunas condiciones básicas. A través de ellas la tolerancia se inscribe orgánicamente en el sistema de valores y normas de la sociedad, revelando al mismo tiempo su finalidad funcional. Por cuanto la conciencia religiosa (o la sacralidad profana) constituye la base más profunda de cualquier sistema de valores y normas, lo mejor es poner en evidencia estas condiciones conforme a dicha conciencia. En otras palabras, con plena fundamentación se las puede considerar modelo, matriz, también para otras "conciencias", inclusive de lo tolerante.

Las condiciones que debe satisfacer la conciencia religiosa en la sociedad contemporánea, postsecular, fueron acertadamente descritas por J.Habermas: "La conciencia religiosa debe, en primer lugar, elaborar relaciones cognitivo-disonantes con otras confesiones y religiones. En segundo lugar, debe ocupar la posición correspondiente en relación a la autoridad de las diferentes ciencias, que cuentan con monopolio social sobre el conocimiento mundano. Finalmente, debe encajar en las condiciones de existencia del estado constitucional, basado en una moral profana".

Relaciones cognitivo-disonantes son, sin ninguna duda, relaciones tolerantes. En ellas hay mucho de arrastrado, incorporado, de ningún modo todos los componentes nos resultan aquí conocidos, pero no hay dudas con la prioridad: conocimiento, saber; y no emociones, sentimientos, voluntad. Aunque estas últimas son muy tercas: los sentimientos fuertes y sinceros rara vez tienen en cuenta los argumentos de la razón. Pero nosotros debemos partir de que la importancia de las diferencias que forman parte de las relaciones tolerantes no está en la superficie, no se imponen a la vista, sino que se descubren sólo ante la mente inquisitiva. En definitiva, los sujetos de una relación tolerante deben conocerse lo mejor posible (completa y profundamente) uno a otro. Y no temer la

disonancia, ya que en esto está la garantía de su heterodoxia, de su pleno status de correspondencia a los Otros.

La disonancia cognitiva vuelve en última instancia al sujeto que la inició. Por este motivo, con plena razón, puede ser equiparada a la reflexividad. La reflexividad es vitalmente importante, en el pleno sentido de la palabra, imperativa para la tolerancia. La cultura de la tolerancia es, sin duda, la cultura de la reflexividad, una cultura reflexiva.

En la reflexión trabaja ante todo la ciencia, su influencia, su autoridad. La ciencia, claro, no es todopoderosa, no tiene monopolio sobre la verdad. Y de todos modos, en comparación con otros "maestros de vida" es la más objetiva. Su arbitraje en todos nuestros asuntos mundanos es el más despasionado, en ella se puede confiar plenamente. Ciencia es racionalidad, tanto instrumental como comunicativa, lo que garantiza una navegación confiable en el mar agitado de la vida moderna. A veces se la necesita retocar, ajustar: con el carácter, la valoración, el sentimiento de justicia y otras cualidades humanas; pero precisamente ajustar, y no discriminar, limitar, suprimir.

La moral, profana, civil, también es vitalmente necesaria para la tolerancia. Como virtud consciente, como medio, infraestructura social que rodea y estimula a la tolerancia. La moral, precisamente por el hecho de que es profana, es decir, humana, y no religioso-divina, crea una atmósfera de relatividad ética, en la cual sólo puede llegar a formarse y existir productivamente la tolerancia, las relaciones tolerantes.

Las condiciones consideradas son reglas por las cuales funcionan (deberían funcionar) tanto el sistema de valores y normas en su conjunto, cuanto sus elementos componentes, incluida la tolerancia. En esta certidumbre, estas condiciones entran en un sistema de límites (contenciones y contrapesos) de la tolerancia misma.

Orden y progreso, estabilidad y desarrollo: en la resolución de esta tarea, una y dual, está dirigido todo el sistema de valores y normas de la sociedad. Los acentos están vinculados con su diferenciación interna. Digamos, moral y derecho sirven ante todo a la estabilidad y el orden. La tolerancia también les sirve, pero más bien en plan negativo, no permitiendo sembrar discordia, fracturar las tendencias que se insinúan, dificultar el crecimiento natural de la comunicación humana. En su finalidad positiva la tolerancia se extiende hacia el progreso y el desarrollo; más precisamente, en aquellas diferencias y exclusiones que dan a la vida una orientación multidimensional, con la permanente necesidad de mayores logros.